

ACTAS
DEL
CAUTIVERIO Y DE LA MUERTE

DE LOS PADRES

PEDRO OLIVAIN, LEON DUCOUDRAY,
JUAN CAUBERT, ALEJO CLERC, ANATOLIO DE BENGY,
SACERDOTES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Me atrevo á encabezar este opúsculo con el título consagrado en la lengua de la Iglesia; quedará segun creo, bastante justificado por el asunto y por el género de mi modesto trabajo. En efecto, en las páginas que siguen, nada hay mio, ni el fondo, ni aun la forma; las he solamente recogido, clasificado y en fin publicado. Los documentos son relaciones y correspondencias: por una parte, testigos, providencialmente escapados de la Conserjería, de Mazas y hasta de la Roquette, nos han contado lo que han visto; por otra, nuestros queridos cautivos, hoy gloriosamente libertados, se han como revelado á sí mismos; desde el fondo de su calabozo, no podian ya hablarnos, pero podian todavía escribirnos, ya al descubierto bajo la mirada de los carceleros, ya ocultamente, á través de todos los cerrojos. Estas cartas tan sencillas, tan serenas me han parecido un testamento digno de nuestros mártires.

No hay que admirarse pues si no me ocupo mas que de mis hermanos. No es esto en modo alguno pretension por mi parte; es simple discrecion. Otros, así lo esperamos, harán por los suyos lo que yo hago aquí por los míos: *Fratres meos quero*.

Pero antes de narrar los últimos combates de nuestros queridos compañeros, creo deber dar al menos el resúmen y los principales datos de su vida.

El P. Pedro OLIVAINT nació en París el 22 de febrero de 1816. Después de brillantes estudios en el colegio de Carlomagno, pasó tres años en la Escuela normal, y obtuvo los títulos de licenciado en letras y sustituto de la cátedra de historia. Enseñó solamente dos años en la Universidad, primero en el Instituto de Grenoble, despues en el colegio Bourbon, en París. Durante los cuatro años siguientes dirigió la educacion del hijo menor del Señor duque de la Rochefoucauld-Liancourt.

En 1845, fué recibido en nuestra Compañía por el R. P. Rubillon, entonces provincial, é hizo sus dos años de noviciado, parte en Laval, parte en Vannes.

Enviado al colegio de Brugelette para enseñar historia, hizo sus primeros votos el 3 de mayo de 1847 y fué vuelto á llamar á Laval, en donde estudió la teología durante cuatro años.

Desde 1852 á 1856, fué agregado al colegio de Vaugirard, como profesor, director y predicador de los alumnos y en fin como prefecto de estudios.

Despues del tercer año de probacion, hecha en Nuestra Señora de Liesse en 1856, fué nombrado rector del colegio de Vaugirard, en donde hizo sus votos de profeso, el 15 de agosto de 1857.

En 1865 vino á ser superior de nuestra casa de la calle de Sèvres, y conservó este puesto hasta su muerte.

El P. Leon DUCOUDRAY, nacido en Laval el 6 de mayo de 1827, empezó sus estudios en el seno de su familia, los continuó en el pequeño seminario de París, que dirigia entonces Mgr. Dupanloup, y los terminó en el colegio de Château-Gontier.

Inmediatamente despues de la carrera de derecho que prosiguió hasta el doctorado inclusive, fué admitido en la Compañía por el R. P. Studer, provincial, el 2 de octubre de 1852, hizo su noviciado en Angers y pronunció allí sus primeros votos en 1854.

Fué dedicado enseguida durante tres años al estudio de la Filosofía en Laval, despues agregado en calidad de sub-prefecto de estudios á la escuela de Santa Genoveva, en París.

A partir de 1861, estudió durante cuatro años la teología en Lyon, é inmediatamente despues hizo el tercer año de probacion en Laon.

Fué nombrado rector de la escuela de Santa Genoveva el 25 de agosto de 1866; despues de cuatro años, este título le ha costado la vida.

Habia hecho sus últimos votos de profeso el 2 de febrero de 1870.

El P. Alejo CLERC habia nacido en París el 11 de diciembre de 1819; alumno del colegio de Enrique IV, despues de la Escuela politécnica, abrazó la carrera de marina, en donde sirvió durante trece años.

Era teniente de navío, cuando se presentó al R. P. Studer, provincial, el 28 de Agosto de 1854.

Despues de su noviciado hecho en Saint-Acheul, hizo sus

primeros votos, el 8 de Setiembre de 1856, en la capilla de aquella casa.

Un solo año se le dió para repasar la filosofía en Vaugirard. Despues durante cinco años consecutivos, fué empleado como profesor en la escuela de Santa Genoveva.

En 1861 fué á seguir en Laval durante cuatro años el curso de teología.

Fué entonces llamado de nuevo, como director de congregacion y profesor, en Santa-Genoveva.

En 1870, hizo en Laon el tercer año de probacion.

En fin, despues de haber contribuido brillantemente al servicio de nuestra gran ambulancia del colegio de Vaugirard durante el sitio de París, hizo los votos de profeso el 19 de marzo de 1871, en la capilla de la escuela de Santa Genoveva. Iba bien pronto á sellarlos con su sangre.

El P. Juan CAUBERT nació en París el 20 de julio de 1811. Despues de haber cursado de una manera distinguida, todas las clases en el colegio de Luis el Grande, estudió derecho y tres años de prácticas, y ejerció durante siete años la carrera de abogado en los tribunales de París.

Admitido en la Compañía por el R. P. Rubillon, provincial, el 10 de julio de 1845, hizo el noviciado en Saint-Acheul y pronunció sus primeros votos en Brugelette el 31 de julio de 1847.

Consagró enseguida un año á repasar la filosofía y otros tres á estudiar la teología.

A partir de esta época, estuvo constantemente empleado en diversas casas como ministro, procurador y confesor: en el gran Seminario de Blois tres años, en la escuela de santa Geno-

veva siete años, en la casa de la calle de Sèvres diez años.

Habia hecho el tercer año de probacion en Nuestra Señora de Liesse en 1853, y los últimos votos, el 15 de agosto de 1855, en la capilla de santa Genoveva. Humilde y modesto durante su vida, ha sido magnánimo en su muerte.

El P. Anatolio de BENGY nació en Bourges el 19 de setiembre de 1824. Discípulo durante nueve años de nuestro colegio de Brugelette, y recibido en la Compañía en Roma por el Rmo. Padre General, Juan Roothaan, de santa memoria, principió su noviciado en san Andrés del Quirinal y lo concluyó en Issenheim en el Alto-Rhin.

Enviado á Brugelette, hizo allí sus primeros votos el 13 de noviembre de 1845.

Después de un año consagrado á repasar la retórica, permaneció todavía tres años en el mismo colegio, ya como profesor, ya como vigilante.

En 1851, principió el curso de teología en Laval; hizo en 1855 el tercer año de probacion en Nuestra Señora de Liesse y sus últimos votos en Vannes el 2 de febrero de 1858.

Empleado durante seis años, con diversos títulos en varios de nuestros colegios, se dedicaba desde 1863 al santo ministerio en nuestras residencias.

En 1856, con varios de sus hermanos, formó parte de la expedicion de Crimea, en calidad de cura castrense.

En fin habia solicitado y obtenido el mismo favor en 1870, y durante el sitio de París se consagró al servicio de las ambulancias volantes en los arrabales. Soldado él mismo, no ha merecido acaso el fin de los bravos?

PRELIMINARES.



Antes y durante todos nuestros desastres de 1870, los siglos precusores no habian faltado á la castátrofe de 1871, y se puede decir que era presentida, como habia sido preparada desde largo tiempo. Sea de ello lo que fuere, está en nuestras tradiciones el no retroceder delante del miedo y ceder solamente á la fuerza. En consecuencia y á despecho de todos los pronósticos amenazadores, se resolvió, inmediatamente después de la conclusion del armisticio, activar los preparativos para volver abrir en la mas breve dilacion la escuela de santa Genoveva y el colegio de Vaugirard. Durante el sitio de París, y hasta desde el principio de la guerra con Prusia, estos dos establecimientos habian sido espontáneamente ofrecidos á la intendencia militar y trasformados en ambulancias permanentes, en donde habian sido sostenidos y cuidados centenares de enfermos y heridos; todas las economías de ambas casas se habian consumido en esta buena obra, cristiana y patriótica. Era pues indispensable ahora sanear á toda prisa el local y restaurar una buena parte del mobiliario.

La nueva apertura del colegio de Vaugirard quedó fijada para el 9 del mes de marzo, y en el dia indicado, cerca de doscientos alumnos habian ya acudido al llamamiento. Pues

bien! á esta sola circunstancia, tan accidental, segun se ve, es debida la salvacion de toda la casa. En efecto la revolucion, de dia en dia mas amenazadora, habiendo estallado al fin el 18 de marzo, el P. Rector, mas inquieto todavía por los niños que por los Padres, se apresuró á hacer marchar á todo el mundo, profesores y alumnos á la casa de campo del colegio, situada en los Molinillos entre Issy y Meudon. Pero muy pronto fué necesaria una nueva traslacion, aun mas precipitada. El domingo de Ramos, 2 de abril se rompieron las hostilidades entre Versalles y París; los Molinillos, situados precisamente en la estrecha zona que separa las líneas beligerantes, se encuentran cogidos entre dos fuegos; toda la familia fugitiva por segunda vez, se replegó primero sobre Versalles y se retiró por fin á Saint-Germain-en-Laye. El colegio de Vaugirard que quedó desierto, fué invadido, ocupado, saqueado en medio de las mas innobles orgías; pero allí á lo menos, si se encontró alguna cosa que robar, no se encontró á nadie que prender.

En la escuela de Santa Genoveva se habia necesitado mas tiempo para reparar las averías del sitio, y los alumnos no habian podido ser convocados sino para el 21 de marzo. Pero, la insurreccion que sobrevino en el intervalo exigió nuevos retardos; se expidió pues inmediatamente una contra orden en todas direcciones, y se advirtió á las familias que esperaran nuevo aviso. Sin embargo el P. Ducoudray hizo marchar sin dilacion á cuatro de nuestros Padres; uno para tratar de negociar un empréstito en Inglaterra ó en Bélgica, á fin de hacer frente á las estremas necesidades del momento; los otros tres para buscar por todas partes en las afueras un abrigo seguro para su escuela proscrita.

No habiendo dado resultado ninguna de estas negociaciones, hubo que limitarse á un último plan de mas fácil y menos costosa ejecucion, y los alumnos fueron definitivamente convocados para el 12 de abril en la Casa de campo de la escuela, situada en Athis-Mons, en el ferro-carril de Orleans, á 20 kilómetros de París. Toda la comunidad, con el ministro á la cabeza se estableció allí sobre la marcha; el mismo P. Rector se quedó todavía un poco en París, para presidir la última operacion de la mudanza. El 3 de abril, debia reunirse con los suyos, cuando Dios lo detuvo y la Commune tambien.

En la calle de Sèvres, se habian tomado igualmente todas las medidas que la prudencia parecia sugerir, dejando el resto á la Providencia. Así primeramente habia parecido bien el no conservar en París mas que á un pequeño número de los nuestros, los hombres á la par necesarios y voluntarios. Algunos fueron pues enviados á provincias, los otros permanecieron dispersos en la ingrata capital.

En cuanto á mí, el 20 de marzo por la tarde, hube de abandonar la calle de Sèvres con el pequeño personal y material administrativo, para ir á habitar en un barrio mas tranquilo, al abrigo de una caridad desinteresada. En este asilo es donde vino á encontrarme el P. Olivaint, el 26 de marzo; insistió para obtener mi salida de París ya casi sitiado: de tardar un poco mas las comunicaciones iban á ser cortadas; los ferro-carriles no tomaban ya equipajes, y muy pronto sin duda no tomarian ni aun viajeros. ¿Podiamos preveer que esta entrevista seria la última? ¡Y era él quien se esponia, hasta se perdia, queriendo salvarme! El 28 de marzo, antes de marchar, me dirigí todavía una vez mas, á través de las barricadas, los cañones y la

multitud armada, á la escuela de Santa Genoveva. Vi, para no volverle á ver al P. Ducoudray, y juntos tomamos algunas medidas que debian quedar sin objeto.

Aquel mismo dia, fuí á fijarme, por un tiempo bien indeterminado, en nuestra casa de Versailles, á distancia y sin embargo próxima; bastante lejos para tener las comunicaciones libres con la provincia, y bastante cerca para tenerlas fáciles y rápidas con París. Todos los dias en efecto, y á menudo varias veces al dia á través del hierro y el fuego, recibíamos mensajes ó mensajeros. Allí es donde hemos esperado el desenlace, medidos desde el principio hasta el fin entre el temor y la esperanza. Y sin embargo, recogia de antemano todos los documentos contenidos en esta recopilacion, con yo no sé que presentimiento que conservaba reliquias.

Despues de todas estas separaciones sucesivas, el P. Olivaint no tenia ya junto á sí, en la calle de Sèvres, mas que el P. Alejo Lefebvre, que debia desarmar hasta los verdugos, y algunos hermanos coadjutores llenos de abnegacion y á prueba de miedo. Un Hermano muy jóven, Juan Rethoré, que se estaba muriendo, consumido en el servicio de nuestra ambulancia de la calle de Sèvres, habia sido traslado á tiempo á casa de los buenos Hermanos de San Juan de Dios, calle Oudinot.

En cuanto á nuestra residencia de San José de los Alemanes, calle Lafayette, iba á quedar á salvo, protegida sobre la tierra como en el cielo. Primeramente una buena parte de la comunidad, de origen aleman, habia debido abandonar á Francia, al principio mismo de la guerra con Alemania. A mas, la casa se encontró naturalmente colocada bajo el protectorado del ministro de los Estados-Unidos, encargado por Prusia de velar por los

intereses de sus nacionales en París. En fin la modesta mision tenia la reputacion merecida de ser muy pobre: era esto un despreciable incentivo para los sabuesos de la Commune.

Tal era en el momento fatal, el estado de las personas y de las cosas en nuestras diversas casas de París. Ciertamente nadie podia adivinar todavia cuales eran, entre el número, las víctimas predestinadas. A la verdad hay aquí todo un misterio y este es el caso de repetir la exclamacion del apóstol: *O altitudo!* Así por una parte, segun nuestros cálculos y nuestras medidas, los que han sido realmente elegidos para el sacrificio no debian ser llamados á él porque á la hora misma de su arresto, debian encontrarse fuera de alcance. Por otra parte no es ni la preparacion del corazon, ni aun la ocasion lo que ha faltado á los que sobreviven. Por ejemplo, uno de estos últimos me pedia permiso para permanecer en París, al servicio de las almas abandonadas y en peligro: « Aun que decidido á permanecer en mi puesto, me escribia el 16 de abril, lo sacrificaré todo á uno de vuestros deseos, pero me parece que soy un poco útil..... Despues, encuentro tan dulce el abandonarme entre las manos adorables de Nuestro Señor! No ver mas que á él, ni tener mas que á él, no depender sino de él, no confiarse mas que en él, esto es el cielo anticipado. Tengo en el fondo del corazon una *alleluia* que resuena continuamente; porque seria bien deplorable que acontecimientos exteriores cualesquiera que puedan ser, nos hiciesen perder la gracia del tiempo pascual. Es una magnífica ocasion de adquirir el gozo espiritual, virtud tan importante para marchar á grandes pasos en el camino que conduce á JESUS, nuestro amor: y la honrada gente de la Commune me parecen instrumentos visiblemente escogidos para hacérnosla adquirir.

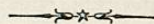
Así pues, que vuestro corazón tan tierno no tenga por mí inquietud alguna; me hallo mecido dulcemente por Nuestro Señor y no deseo otra cosa más.»

Otro, el 14 de abril, me daba las gracias en estos términos por haberlo sostenido en París: «No podré jamás deciros bastante cuán reconocido estoy á la bondad que teneis en dejarme aquí el último. Tendré quizás que sufrir, tendré quizás la felicidad de morir por el nombre de JESUS, y por consiguiente de ir al cielo, de arrebatarlo en cierto modo, sin haber hecho jamás nada bueno para merecerlo. Cuantas gracias os doy, Padre mio! Estad bien seguro sin embargo que no quiero cometer imprudencia alguna. Bendecidme y rogad por mí: y si Dios bondadoso me concede la gracia de morir en cierto modo mártir, en la Compañía, como se lo he pedido todos los días desde hace más de treinta y cinco años, estad muy contento, no dejaré de rogar por vos en el cielo que os deberá. No me atrevo á decir que tengo el presentimiento de ello, pero sí el mayor deseo.»

Pero está escrito en el Santo Evangelio: *Unus assumetur et alter reliquetur.*

Uno será cogido y otro dejado. Que el Señor sea por ellos dos veces bendito!

LOS ARRESTOS.



Acababa de empezar la semana santa; era una hora bien propicia para entrar en el via-crucis.

El primer golpe alcanzó á la escuela de santa Genoveva. Desde el lunes santo, 3 de abril, el P. Ducoudray me escribió: «A las grandes pruebas de la situación, Dios bondadoso añade la prueba más íntima. El P. de Poulpique ha entregado esta mañana su alma á Dios. Ayer por la mañana, parecia que no habia todavía ningun peligro próximo. Ayer por la tarde hácia las seis, la situación se hizo más alarmante. He viaticado al buen Padre esta noche á las tres y media y le he aplicado la indulgencia de la buena muerte. He recibido su último suspiro á las ocho y cuarto. Este buen padre ha ido al cielo, recompensa de su vida tan edificante. Es una gran pérdida para nuestra casa.

«He aquí nuevas dificultades, un decreto dado esta mañana por la Commune:

Confiscación de los bienes muebles é inmuebles pertenecientes á las congregaciones religiosas.

He decidido con los PP. Billot y de Guilhermy como se habia de contestar á la visita que puede llegarnos de un momento á otro.

A la voluntad de Dios!»

Esta muerte inesperada del P. de Poulpiquet retuvo al P. Ducoudray en París, un dia mas, ah! un dia de mas. Ella condujo allí hasta á varios de nuestros Padres, que se habian trasladado ya á Athis, para asistir á los funerales que debian tener lugar al dia siguiente, 4 de abril. Todos iban á quedarse allí en condiciones que no habian previsto.

Durante la noche del lunes al martes santo, 4 de abril, entre las doce y la una de la noche, la escuela fué de pronto cercada por un batallon de guardias nacionales, todos armados hasta los dientes. La calle Lhomond, la calle de Ulm, el pasaje de las Viñas, el almacen en el fondo del jardin, todo quedó custodiado. Se llama á golpes redoblados á la puerta del número 18. El Hermano portero se levanta al momento y va á decir que las llaves están segun costumbre, depositadas en el cuarto del P. Rector, pero que va á buscarlas para abrir. Enseguida de esta respuesta, sin embargo de ser tan sencilla y natural, la impaciencia se convierte en furor; la corneta, á guisa de intimacion, resuena tres veces á rápidos intervalos; una descarga general sobre todas las ventanas de la calle Lhomond arroja la alarma en todo el barrio; se amenaza con ir á buscar, á algunos pasos de allí, cañones y ametralladoras puestos en batería en la plaza del Pantheon. Por fin las puertas se abren, se presenta el P. Rector y, con perfecta calma, quiere hacer algunas observaciones en nombre del derecho comun y de la libertad individual. Pero la hora de estas reclamaciones estaba ya bien lejana! El comandante, revolver en mano, manifiesta, por toda contestacion, al P. Ducoudray que le constituye prisionero y que ocupa la casa, á fin de llevarse las armas y municiones que ella oculta. Allí, como en todas partes, en el fondo

lo que se queria sobre todo era la caja. «Lo que nos hace falta, habia dicho un miembro de la Commune, es dinero.» Pero á la verdad, sobre todo despues de los gastos del sitio se llegaba en mala ocasion.

Sin embargo todo el mundo estaba en pié en la casa: se iba y venia al azar y cada cual segun su instinto. Pero ante todo, un sacerdote corrió á una capilla interior en donde, por precaucion, se habia retirado el santísimo Sacramento y se apresuraba á sustraerlo á las profanaciones.

Los enviados de la Commune eran en número y en fuerza suficiente para proceder á varias operaciones á la vez. Primeramente se estableció un cuerpo de guardia en el patio de entrada, y se colocaron centinelas en los corredores y patios, en todas las salidas, y en fin á lo largo de todos los muros al rededor del jardin. Se echó mano enseguida á todos los nuestros que se pudo encontrar, Padres y Hermanos, y hasta sobre los criados de la escuela. A medida que se les arrestaba, se les conducia al cuerpo de guardia en el patio de entrada y allí se les hacia sentar. Solamente al cabo de dos largas horas, se les permitió entrar en los pequeños recibidores que dan al patio, á fin de aguardar que se hubiese decidido sobre su suerte.

Al propio tiempo se visitaba y registraba toda la casa. El mismo P. Rector tuvo que conducir á todas partes al comandante con su escolta. La pesquisa fué muy larga y muy minuciosa, sin el resultado esperado, ó al menos deseado: como era de razon no se encontró absolutamente lo que se buscaba: ningun arma y bien poco dinero. Por lo demás, el P. Ducoudray, sin desmentirse un solo instante, contestaba con tanta sangre fria, dignidad y cortesía, que los guardianes admirados se de-